

# El conocimiento simbólico en Gottfried Leibniz

## The symbolic knowledge in Gottfried Leibniz

Claudio Marengi  
claudiomarengi@yahoo.com.ar

**Resumen:** En este trabajo nos proponemos acercarnos a la noción del conocimiento simbólico en la obra de Gottfried Leibniz, rastreándola en diversos textos de su autoría en que se encuentra diseminada. Comenzamos con la importante distinción entre idea y concepto, que separa el planteo de nuestro autor de las formulaciones de otros como Descartes, Malebranche y Spinoza. Seguimos con la clasificación de los tipos de conceptos que el filósofo de Leipzig lleva a cabo, en la que divide a los conceptos simbólicos de los intuitivos. Abordamos después las ventajas epistemológicas que presenta el pensamiento simbólico frente al pensamiento verbal, analizando sus funciones cognitivas y su rol en diferentes tipos de sistemas semióticos. Continuamos asentando el simbolismo epistemológico dentro de una teoría general de la representación, que sostiene cierto isomorfismo entre las esferas del lenguaje, el pensamiento y la realidad. Finalmente, fundamentamos ontológicamente esta analogía representativa estructural en la noción leibniziana de expresión y la vinculamos con el perspectivismo monadológico, poniendo de relieve su cercanía con algunos planteos fenomenológicos y hermenéuticos de nuestros días.

**Palabras claves:** conocimiento simbólico, sistemas semióticos, teoría de la representación, expresión, perspectivismo.

**Abstract:** In this work we propose to approach the notion of symbolic knowledge in the work of Gottfried Leibniz, tracking it in various texts of its authorship in which it is disseminated. We begin with the important distinction between idea and concept, which separates the approach of our author from the formulations of others such as Descartes, Malebranche and Spinoza. We continue with the classification of the types of concepts that the philosopher of Leipzig carries out, in which he divides the symbolic concepts from the intuitives. We then deal with the epistemological advantages that symbolic thinking has over verbal thinking, analyzing its cognitive functions and its role in different types of semiotic systems. We continue to establish the epistemological symbolism within a general theory of representation, which supports a certain isomorphism between the spheres of language, thought and reality. Finally, we ontologically base this structural representative analogy on the Leibnizian notion of expression and link it with monadological perspectivism, highlighting its closeness to some phenomenological and hermeneutical approaches of our time.

**Keywords:** symbolic knowledge, semiotic systems, representation theory, expression, perspectivism.

## 1. Ideas y Conceptos

Al igual que ocurre con el resto de los filósofos modernos, Gottfried Leibniz es un pensador representacionista, es decir, sostiene que no conocemos las cosas mismas, sino a través de una instancia mediadora que se hace presente en nosotros: “Es necesario que haya algo en mí que no sólo conduzca a la cosa sino que además la exprese” (Leibniz, 1980, p. 178). Esta mediación está constituida por los conceptos y las imágenes psíquicas que los acompañan. Siguiendo a Suárez, el filósofo de Leipzig distingue entre ‘conceptos subjetivos’, referidos a las cogniciones de los actos mentales, y ‘conceptos objetivos’, referidos al contenido ideal de la representación. Sin embargo, en un breve artículo de 1678 denominado ‘¿Qué es idea?’, alejándose de la postura de Descartes y de los filósofos modernos en general, distingue claramente entre ‘idea’ y ‘concepto’, lo cual es de vital importancia para su teoría del conocimiento. Toda idea da lugar a un concepto, pero no todo concepto da lugar a una idea, lo que quiere decir que no siempre que pensamos en algo, tenemos necesariamente en nuestra mente su idea correlativa. “Así, esas expresiones que están en nuestra alma, ya sea que las concibamos o no, pueden llamarse ideas, pero aquellas que concebimos o formamos pueden llamarse nociones o conceptos” (Leibniz, 1980, p. 314).

Por ejemplo, tenemos el concepto del ‘individuo que es distinto de sí mismo’ o del ‘mayor número de todos los números’ o del ‘móvil de la máxima velocidad’, porque entendemos a qué se refieren dichas nociones, pero no tenemos una idea de las mismas por ser contradictorias, porque ‘todo individuo se identifica consigo mismo’, ‘siempre puede haber un número mayor al que aseveremos como mayor de todos’ y ‘siempre puede haber un móvil más veloz al que postulemos como más veloz de todos’. En el primer ejemplo, no se requiere ningún comentario especial, porque está a la vista la violación del principio de identidad lógica. En el segundo ejemplo, está claro que a cualquier cifra, por más inmensa que sea, se le puede agregar siempre una unidad, otra unidad y así al infinito. En el tercer ejemplo, podemos suponer que el móvil más veloz sea una rueda, en tal caso, si se prolongara un rayo de la rueda, el extremo del mismo se moverá más velozmente que un punto de la circunferencia misma de la rueda, ya que recorrerá una mayor distancia en un mismo tiempo. A este último ejemplo se refiere Leibniz:

Supongamos que una rueda gira con el movimiento más veloz. ¿Quién no advierte que si se prolonga un rayo de la rueda, el extremo del mis-

mo se moverá más velozmente que un clavo en la circunferencia misma de la rueda? Por consiguiente, contra lo que la propia hipótesis sostiene, el movimiento de la rueda no es el más veloz. A todo esto, puede parecer a primera vista que tenemos la idea del movimiento más veloz, pues entendemos plenamente lo que decimos y, sin embargo, no tenemos plenamente ninguna idea de algo imposible. (Leibniz, 1980, p. 424)

Dentro del contexto de la teoría del conocimiento de Descartes, siempre que pensamos en algo, tenemos en nuestra mente la idea correspondiente de eso que pensamos: “No podríamos expresar nada con nuestras palabras, mientras entendemos lo que decimos, sin que por esto mismo sea cierto que tenemos en nosotros la idea de la cosa que es significada por nuestras palabras” (Descartes, 1980, p. 390). Por el contrario, la idea leibniziana no es un contenido actual de pensamiento, como sostiene Descartes, sino que es una facultad o disposición de pensar algo que se activa cuando efectivamente pensamos. “La idea no consiste en un acto de pensamiento sino en una facultad y se dice que tenemos idea de una cosa aunque no estemos pensando en ella siempre que se presente la ocasión” (Leibniz, 1980, p. 178). Las ideas no están en nosotros como contenidos, sino precontenidas como disposiciones virtuales o potenciales para pensar algo, prefigurando el modo de presentación de los objetos. “Las ideas y las verdades nos son innatas, en tanto inclinaciones, disposiciones, hábitos o virtualidades naturales” (Leibniz, 1983, p. 90)<sup>1</sup>.

Cuando las ideas no están siendo expresadas en acto por algún concepto en nuestra mente, no obstante, están presentes virtualmente o en potencia, formando un entramado relacional de idealidades, esto es, un horizonte de posibilidades que da lugar a actualizaciones ocasionales en virtud de las percepciones de nuestra experiencia, dado que “si las verdades no son pensamientos, sino hábitos y aptitudes, naturales o adquiridas, nada impide que existan en nosotros algunas en las que nunca se ha pensado ni se pensará” (Leibniz, 1983, p. 90).<sup>2</sup> Sin embargo, las percepciones activan una idea sin

---

<sup>1</sup> En otro lugar de esta obra también dice: “Creo que jamás estamos sin pensamientos y tampoco sin sensaciones. Distingo únicamente entre ideas y pensamientos, pues siempre tenemos ideas puras, independientemente de los sentidos, mientras que los pensamientos siempre responden a alguna sensación” (Leibniz, 1983, p. 127).

<sup>2</sup> La proposición no se identifica con el juicio, según Leibniz. Existen proposiciones objetivas ante-predicativas, siendo el juicio no más que una aserción subjetiva predicativa: “El juicio consiste en examinar las proposiciones con ayuda de la razón.”

causarla, son causa ocasional o instrumental del conocimiento, pero de ninguna manera su causa formal. Insertándose en un marco especulativo que se remite al neoplatonismo agustiniano, Leibniz piensa que en nuestra mente están participadas las ideas divinas, las cuales se activan y se expresan generalmente en conceptos o nociones al ser motivadas por percepciones que les son correlativas.

No poseemos en nuestra alma las ideas de todas las cosas sino en virtud de la acción continua de Dios sobre nosotros, es decir, puesto que todo efecto expresa su causa y de este modo la esencia de nuestra alma es una determinada expresión, imitación o imagen de la esencia, pensamiento y voluntad divina, así como de todas las ideas que en ellos están comprendidos. (Leibniz, 1980, p. 314)

Como dijimos, no siempre una noción corresponde a una facultad, por eso no siempre que tenemos un concepto tenemos al mismo tiempo una idea de la que se deriva. “No es verdad o por lo menos es ambiguo lo que algunos dicen, a saber, que no podemos hablar de algo, entendiendo lo que decimos, si no poseemos la respectiva idea” (Leibniz, 1980, p. 424). Muchas veces, como en los casos mencionados, hay un reconocimiento del significado en el acto cognitivo, pero no hay necesariamente una idea involucrada por darse una contradicción. Por eso, puede decirse que las nociones son verdaderas si los objetos que representan son posibles y son falsas si los objetos que representan no son posibles: “Llamo verdadero a un término incomplejo que es posible y llamo falso al que es imposible” (Leibniz, 1980, p. 214). Por consiguiente, la idea es un ser posible no contradictorio que, cuando es actualizada por un acto de pensamiento, da lugar a algún concepto o noción que la expresa y que se puede explicar en una definición. “Las ideas están en Dios

---

(Leibniz, 1983, p. 158). Esta posición encontrará analogías significativas en la obra de Frege y de Husserl, para quienes hay un mundo objetivo de idealidades conformado de proposiciones verdaderas en sí mismas, las cuales pueden ser referidas o no por nosotros. “La mayor parte de las proposiciones generales y ciertas llevan el nombre de verdades eternas y, en efecto, todas ellas lo son. No se trata de que sean proposiciones que fueran formadas actualmente en alguna parte de toda la eternidad, o que hayan sido grabadas en el espíritu de acuerdo con algún modelo que existiese siempre, sino que estamos seguros de que cuando una criatura, provista con las facultades y los medios para ello, aplique sus pensamientos a la consideración de dichas ideas, encontrará la verdad de esas proposiciones” (Leibniz, 1983, p. 539).

desde toda la eternidad y en nosotros están incluso desde antes que pensemos actualmente en ellas” (Leibniz, 1983, p. 354). La idea es siempre una e infinita, pero puede expresarse en conceptos múltiples y finitos, de modo tal que, cuanto más desplieguen la expresión los conceptos, más se acercarán asintóticamente a la idea correlativa, por lo cual “podemos conocer una idea sin que en principio tengamos posibilidad de resolver todas las cuestiones que se pueden deducir a partir de ella” (Leibniz, 1983, p. 108).

La idea de círculo, por ejemplo, puede ser expresada gráficamente con un compás como una curva cerrada o como un corte transversal paralelo a la base de un cono, puede ser expresada verbalmente como la superficie plana resultante del giro de un segmento sobre uno de sus extremos o como la figura isoperimétrica de mayor superficie, o puede ser expresada a través de una representación algebraica: para cualquier punto  $P(x, y)$  de una circunferencia cuyo centro es el punto  $C(a, b)$  y con radio  $(r)$ , la ecuación ordinaria es  $(x - a)^2 + (y - b)^2 = r^2$ . “Un mismo asunto puede ser definido de varias formas, pero para saber que todas ellas se refieren a lo mismo hay que aprender la razón de ello, demostrando una definición a partir de la otra” (Leibniz, 1983, p. 420). Como vemos, la idea se expresa en cada caso de manera diversa, sin que una expresión anule los otros modos de expresión, manteniendo todos ellos entre sí una relación de isomorfismo, porque representan lo mismo destacando distintos aspectos desde diferentes perspectivas.

Por tanto, afirmar que la idea de las cosas está en nosotros no es más que sostener que Dios, autor a la vez de las cosas y de la mente, ha impreso en ella aquella facultad de pensar de tal modo que puede obtener mediante sus operaciones todo lo que se corresponde perfectamente con lo que surge de las cosas mismas. Y así, aunque la idea de círculo no sea igual al círculo, de ella, empero, pueden obtenerse verdades que la experiencia confirmará sin ninguna duda, en el verdadero círculo. (Leibniz, 1980, p. 178-179)

Dicho de otra manera, lo definido o ‘definiendum’ admite la posibilidad de múltiples definiciones o ‘definiens’, lo que equivale a decir que la idea puede expresarse a través de múltiples sistemas simbólicos que mantienen entre sí analogías estructurales. Dios tiene en su mente la idea infinita de círculo que tiene infinitas propiedades, teoremas y corolarios. Nosotros expresamos conceptos o nociones de esa idea a través de un lenguaje simbólico, sea por definiciones, fórmulas o diagramas. Nuestros conceptos o nociones, entonces,

son despliegues parciales de las ideas que expresan y exhiben ciertos aspectos de las mismas desde cierta perspectiva.

La concepción de que la idea se manifiesta en distintas formas de expresiones simbólicas sustenta la posibilidad de que el conocimiento de la idea en cuanto tal, sin mediación de signos en general y, por tanto, como un contenido pleno, sea sólo un caso límite, al cual el intelecto humano sólo pueda aproximarse, sin poder alcanzarlo plenamente. (Esquisabel, 2017, p. 34-35)

Así, para volver al ejemplo propuesto por Leibniz, tanto la figura, la ecuación o la definición escrita del círculo, son diferentes modos de exposición y, por tanto, de visualización de la idea del círculo, que, en cuanto tal, no se identifica con ninguna de ellas. Cabe señalar que la analogía como correspondencia estructural es fundamentalmente interexpresiva, dado que todas aquellas cosas que expresan representativamente un mismo objeto (en nuestro ejemplo, el círculo), también se representan expresivamente entre sí (en nuestro ejemplo, la definición, la fórmula y el diagrama del círculo). Dicho de otro modo, como las definiciones plantean una equivalencia entre el 'definiens' y el 'definiendum', es posible predicar una definición de otra mediante la función de lo definido como referencia idéntica de todas sus definiciones<sup>3</sup>.

## 2. Clasificación de los conceptos

Leibniz exige para su filosofía un criterio de verdad que supere el criterio de la claridad y la distinción intuitiva de las ideas promulgado por Descartes. Este criterio se establecerá en la racionalidad de los conceptos, es decir, en la pertenencia de todo concepto a un sistema de relaciones de inclusión y exclusión, donde idealmente todos los conceptos terminan en

---

<sup>3</sup> Hay que tener presente, siguiendo a Leibniz, que en esta interrelación entre 'definiens' y 'definiendum', las definiciones reales explican a las definiciones nominales dejando ver su posibilidad: las definiciones nominales sólo desarrollan las notas constitutivas de un concepto, pero no establecen si dicho concepto es posible o no, lo cual lo corroboran las definiciones reales. Por ejemplo, la definición de círculo como 'el área encerrada por una curva cuyos puntos equidistan del centro' es nominal, porque por si bien lo describe perfectamente, no establece si el círculo es posible. En cambio, la definición genética del círculo, a saber, 'el área encerrada por una curva descrita por un segmento que rota en el plano en torno de uno de sus extremos', sí lo hace, porque nos da un método para su generación sin posibilidad de contradicción.

identidades axiomáticas autoevidentes, fundadas o bien en la inmediatez entre el sujeto y el predicado de la proposición (verdades de razón) o bien en la inmediatez entre la conciencia y sus pensamientos (verdades de hecho).

Así, pues, puede darse razón de una verdad cualquiera porque la conexión del predicado con el sujeto o es patente por sí misma, como en las proposiciones idénticas, o debe ser explicada, lo que se hace con la resolución de los términos. Este es el único y supremo criterio de verdad en todo lo que es abstracto y no depende de una experiencia: que la proposición sea idéntica o reductible a las proposiciones idénticas. (Leibniz, 1980, p. 199)

A tal fin, en un opúsculo de 1684 titulado 'Meditaciones sobre el conocimiento, la verdad y las ideas', Gottfried Leibniz hace una pormenorizada clasificación de los conceptos e introduce la noción del conocimiento simbólico. "El conocimiento es oscuro o claro, y el claro es además confuso o distinto, y el distinto es inadecuado o adecuado, y el adecuado es también simbólico o intuitivo" (Leibniz, 1980, p. 422). Los conceptos 'oscuros' son los que no nos permiten reconocer el objeto representado. Por ejemplo, un sueño que no sabemos bien a qué se refiere, o algo visto allá a lo lejos en la niebla que no sabemos bien qué es, o un cierto dolor corporal que no llegamos a identificar. Los conceptos 'claros', en cambio, son aquellos que nos permiten reconocer el objeto representado. Los conceptos claros 'confusos' permiten reconocer un objeto y distinguirlo de otros, pero no permiten discriminarlo por sus notas constitutivas. Por ejemplo, el color rojo, que se llega a comprender visualmente sin posibilidad de definición, aun cuando él mismo tenga tales notas en las que se pudiera descomponer su noción. Son los casos en que definimos por ostensión, es decir, señalando hechos del entorno, sin llegar nunca a una clara distinción, en este caso porque los límites entre los colores suelen ser dudosos.

No se le puede explicar a un ciego lo que es el rojo, ni hacerles conocer a los demás cosas de este tipo a menos de ponerlos en presencia misma de la cosa y hacer que la vean, huelan o gusten, o induciéndolos a recordar ciertas percepciones semejantes que experimentaron en el pasado. (Leibniz, 1980, p. 423)

Los conceptos 'confusos' son el fruto de percepciones globales conscientes que incluyen aspectos inconscientes.

Cuando percibimos los colores o los olores, no tenemos, por lo general, otra percepción que la de las figuras y de los movimientos, pero tan numerosos e insignificantes que nuestra mente en este presente estado suyo no puede considerar distintamente a cada cosa en particular. Por tanto, no llega a advertir que su percepción se compone sólo de las percepciones de las figuras y movimientos pequeñísimos del mismo modo como al percibir el color verde después de haber mezclado finas partículas amarillas y azules únicamente experimentamos en forma sensible la mezcla de tales partículas diminutas de azul y amarillo aunque no las percibimos y más bien imaginamos una entidad nueva. (Leibniz, 1980, p. 426)

Podemos establecer una analogía entre el cálculo infinitesimal y las percepciones inconscientes, en función del análisis de la curva y de la mancha verde: el color es a la superficie total de la curva como las pequeñas impresiones que componen la mancha verde son a la suma de los rectángulos infinitamente pequeños que componen la curva. Las pequeñas impresiones de azul y amarillo que componen la mancha verde son inconscientes, perceptualmente entran en una relación diferencial, donde la distinción entre los dos se borra infinitesimalmente y así produce el color verde. No somos conscientes de esas pequeñas percepciones, pero están allí presentes constituyendo el trasfondo de nuestra experiencia perceptiva y “tienen por sus efectos mayor eficacia de lo que se piensa, porque nos determinan en muchas ocasiones aún sin pensar en ellas” (Leibniz, 1983, p. 47). Algo similar ocurre con la curva sometida al cálculo infinitesimal, donde es considerada como un polígono con un número infinito de lados de dimensiones infinitesimales, sobre el que se realiza una suma infinita de áreas rectangulares infinitesimales, mientras que la tangente se obtiene mediante el procedimiento de aplicar triángulos de dimensiones infinitesimales. Todos estos elementos presentes en el análisis infinitesimal de la curva no alteran la concepción de la curva tal como es concebida en su naturaleza real, puesto que el análisis infinitesimal es de naturaleza ficcional.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Leibniz también pone como ejemplo el ruido del mar percibido de modo patente, compuesto por el ruido de miles de olas percibido de modo latente. “Cada alma conoce el infinito, conoce todo, pero confusamente: como al pasearme a orillas del mar y oír el estruendo que produce, oigo los ruidos particulares de cada ola de que está compuesto el ruido total, pero sin discernirlos”. (Leibniz, 1980, p. 603). En nuestros días, podría pensarse en lo que sucede en la percepción global de la imagen televisiva, compuesta por numerosos píxeles rojos, verdes y azules que no percibimos conscien-

Lo que nos viene a decir Leibniz, entonces, es que hay un umbral de percepción: si los estímulos lo sobrepasan se hacen sensibles y son percibidos conscientemente, si están por debajo del mismo permanecen insensibles y son percibidos inconscientemente, pero acompañan a nuestra experiencia y tienen un papel fundamental en la misma, tanto en lo referente a la esfera cognitiva como a la esfera apetitiva. Y su influjo imperceptible e infinitesimal pone en juego las relaciones posibles entre las mónadas en todo el universo, tal como lo repite sin cesar en los 'Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano', publicados póstumos en 1765:

Hay signos a millares que hacen pensar que en todo momento existen en nosotros infinidad de percepciones, pero sin apercepción y sin reflexión, es decir, cambios en el alma misma de los cuales no nos damos cuenta, porque las impresiones son o demasiado pequeñas al par que excesivas en número, o están demasiado juntas, de manera que no tienen nada que permita distinguirlas por separado, pero aunque estén unidas a la otras, no por ello dejan de producir efecto y de hacerse notar en el conjunto, aunque sea confusamente. (Leibniz, 1983, p. 46)

Es más, el filósofo de Leipzig llega a decir que las percepciones sensibles son generadas por las insensibles, tal como una partícula visible de agua se genera a partir de moléculas invisibles que contienen átomos de hidrógeno y de oxígeno.

Esto hace pensar que las percepciones captables provienen de las que son demasiado pequeñas para ser notadas, mediante gradaciones. Pensar de otra manera es conocer poco la inmensa sutileza de las cosas, que envuelve siempre y por todas partes un infinito actual. (Leibniz, 1983, p. 49)<sup>5</sup>

---

temente, pero que son los elementos últimos constitutivos de la imagen percibida. Esta teoría de las percepciones inconscientes no es ajena a los descubrimientos matemáticos de Leibniz y responde plenamente a su ley de continuidad. Puesto que una suma de elementos infinitamente pequeños da como resultado una cantidad finita, podemos pasar del orden consciente al inconsciente y del orden inconsciente al consciente sin mayores problemas.

<sup>5</sup> Recordemos que en la metafísica leibniziana toda mónada percibe la totalidad infinita del universo y que la percepción limitada al aquí y ahora sensible en los entes finitos remite a un infinito actual no sensible. "Las mónadas son limitadas no en el objeto sino en la modificación del conocimiento del objeto. Todas se dirigen confusamente al infinito, al todo, pero son limitadas y se distinguen por los grados de las percepcio-

Los conceptos claros ‘distintos’ son aquellos que se pueden distinguir de otros y que pueden ser definidos por sus notas esenciales. “Acordamos llamar distintas, no a todas las nociones que permiten distinguir los objetos, sino a las que distinguen en el objeto los índices que nos permiten conocerlo, lo cual proporciona su análisis o definición” (Leibniz, 1983, p. 296). Por ejemplo, el oro que puede ser definido como ‘un metal amarillo brillante de tal o cual densidad, con tales o cuales otras características, que reacciona de tal o cual manera a determinado producto químico, que se usa en acuñación de monedas, en joyería y orfebrería.’ Y por eso mismo quienes se dedican al comercio del oro saben distinguir, a través de ciertos procedimientos, la autenticidad de este metal precioso.

El oro aparece disimulado cuando está en solución, pero es posible decantarlo, sea precipitándolo, sea destilando el agua. Y el oro de imitación o falso puede ser reconocido o purificado mediante ensayos: como no todas las personas saben cómo hacerlos, no resulta extraño que no todos los hombres posean el mismo concepto de oro. De ordinario los únicos que tienen conceptos suficientemente justos de las diversas materias son los respectivos expertos de las mismas. (Leibniz, 1983, p. 402)

Pero esas notas que caracterizan este concepto pueden ser confusas, como sucede en el ejemplo con ‘amarillo’ o ‘metal’, y en ese caso nuestro filósofo los denomina conceptos claros distintos ‘inadecuados’. Por el contrario, los conceptos claros distintos ‘adecuados’ corresponden a nociones primitivas que no se pueden dividir y que son evidentes en sí mismas, como sucede con ‘uno’, ‘múltiple’, ‘parte’, ‘todo’, ‘ser’ o ‘nada’.

El conocimiento distinto de una noción indefinible se da cuando es primitiva, o sea, cuando es nota de sí misma, esto es, cuando no puede descomponerse en elementos y sólo se entiende por sí misma y por lo tanto carece de requisitos. (Leibniz, 1980, p. 423)

---

nes distintas”. (Leibniz, 1980, p. 619) De este modo, lo patente finito y sensible en la percepción supone un horizonte latente infinito y no sensible concomitante, al que se relaciona como la parte respecto del todo. La primacía de las percepciones insensibles por sobre las sensibles supone un ataque al primado del sujeto dominante de sus objetos, es decir, una temprana crítica a la centralidad de la conciencia, tan característica en la filosofía moderna.

Idealmente podemos intuir nociones 'simples', esto es, un objeto intuitivo por vez, pero no pueden haber intuiciones 'complejas', motivo por el cual se sustituyen por las nociones 'simbólicas'.

Sin duda cuando la noción es muy compuesta no podemos pensar en forma simultánea todas las nociones que la componen. El conocimiento de la noción primitiva distinta sólo se da en cuanto es intuitivo, del mismo modo que el pensamiento de las cosas compuestas es en general sólo simbólico. (Leibniz, 1980, p. 424)

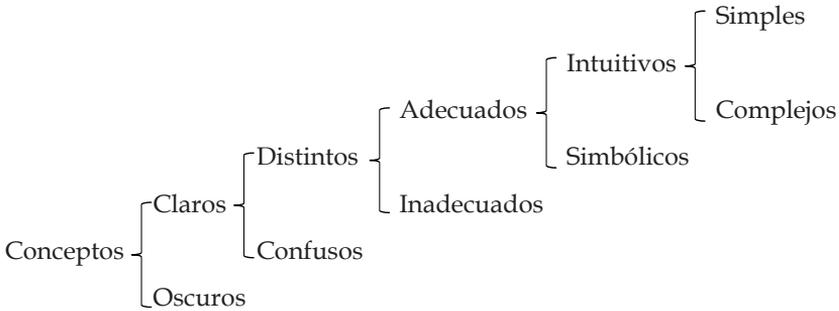
Por ejemplo, si nos referimos al concepto de '100', en vez de recorrer cien veces intuitivamente el uno, lo que hacemos es utilizar una cifra o noción simbólica que representa la colección de un centenar de unidades. En la notación numérica posicional, tal como la usamos en nuestro cifrado de origen arábigo, se refleja que todo número es la formación de un conjunto de unidades, el número '100' expresa '0' unidades, '0' decenas, '1' centena, lo que equivale a decir que es el resultado de  $(1 \times 10^2) + (0 \times 10^1) + (0 \times 10^0)$ . La necesidad de recurrir al elemento simbólico surge, entonces, de las limitaciones mismas del conocimiento humano, que se ve imposibilitado para abarcar de una sola vez una multiplicidad de conceptos.

A la hora de tratar sobre los conceptos simbólicos, Leibniz toma el ejemplo del quiliógono:

Por lo general y especialmente en un análisis de mayor extensión, no vemos, sin embargo, la naturaleza total de la cosa de un modo simultáneo, sino que empleamos signos en lugar de las cosas cuya explicación al meditar solemos omitir por razón de economía, sabiendo o creyendo que la poseemos. Así, al pensar el quiliógono o polígono de mil lados iguales, no siempre reparo en la naturaleza de lado, ni en la de la igualdad, ni en la del millar (o sea del cubo de diez), sino que empleo en mi espíritu esas palabras (cuyo sentido se presenta a la mente por lo menos de un modo oscuro e imperfecto) en lugar de las ideas que tengo de ella. (Leibniz, 1980, p. 424)

Así, comprendemos el término 'quiliógono' como un sustituto simbólico del objeto mismo al que se designa, ya que la capacidad de nuestra imaginación no está lo suficientemente desarrollada como para representarse una figura geométrica de mil lados.

Reunimos esquemáticamente la clasificación efectuada en el siguiente cuadro:



### 3. Pensamiento verbal y pensamiento simbólico

El pensamiento simbólico en sentido leibniziano consiste en un tipo de acto cognitivo que se obtiene mediante la utilización de algún tipo de estructura semiótica y se opone, según vimos, al conocimiento intuitivo de ideas simples.

La mayor parte de las veces, sobre todo en un análisis muy prolongado, no intuimos de manera simultánea la naturaleza íntegra de una cosa, sino que en lugar de las cosas empleamos signos. Suelo denominar simbólico a esta clase de pensamiento, del que hacemos uso no sólo en el álgebra, sino también en la aritmética y, por cierto, casi en todas partes. (Leibniz, 1980, p. 524)

Cabe destacar que el pensamiento simbólico contiene en sus nociones un polo significativo que connota la comprensión de un 'concepto' y un polo referencial que remite a la 'idea' correlativa y que termina denotando 'objetos' intencionales. Se trata de una semántica triple que caracteriza al pensamiento simbólico, donde el concepto puede connotar una idea y denotar objetos representantes, así como el concepto 'animal racional' remite a la idea de 'hombre' y señala objetos, en este caso, 'individuos humanos' reales o posibles. Por eso, la verdad no es para Leibniz más que la correspondencia entre las proposiciones que afirman la posibilidad del objeto correspondiente a la idea y el estado de cosas correlativo: "La verdad de las proposiciones siempre afirman la posibilidad del objeto correspondiente a la idea" (Leibniz, 1983, p. 477).

Este tipo de conocimiento lo experimentamos en todos los casos a través de signos o caracteres, los cuales se pueden manifestar por un medio verbal o escrito.

Todo razonamiento humano se realiza mediante ciertos signos o caracteres. En efecto, las cosas mismas y también las ideas de las cosas no siempre pueden ni deben ser objeto de observación distinta por parte de la mente, y por eso, para abreviar, se usan signos en su lugar. (Leibniz, 1980, p. 363)

Nuestra experiencia desborda de simbolismo: las palabras del lenguaje común, los caracteres aritméticos, las figuras geométricas, las fórmulas de la física, los símbolos de la química, los mapas conceptuales, los signos musicales, las señales de tránsito y muchas otras clases de signos. Y este carácter semiótico del pensamiento parece extenderse a la totalidad de la experiencia humana, porque “una admirable economía de la naturaleza hace que no podamos tener pensamientos abstractos que no se apoyen en algo sensible, aun cuando no se trate más que de caracteres como las figuras de las letras o de sonidos” (Leibniz, 1983, p. 79).

El pensamiento en general es para Leibniz de un modo u otro dependiente de los símbolos, sea cual fuere su naturaleza. Dado que los símbolos son perceptibles o al menos imaginables, tiene que existir un estrecho vínculo entre el pensamiento, la percepción y la imaginación: “Podemos tener pensamientos sin palabras, pero no sin otros signos” (Leibniz, 1980, p. 174). Así, si uno piensa en la ‘unidad’, su concepto debe acompañarse de la palabra ‘uno’, la cifra ‘1’, el punto ‘.’ o cualquier símbolo que lo represente.

A diferencia de Descartes y Spinoza, para quienes el lenguaje era sólo un velo que oscurecía el pensamiento, Leibniz profesó siempre la creencia de que los pensamientos, aún los más abstractos, tienen que ir siempre acompañados, si no de palabras, al menos de signos. (Leibniz, 1980, p. 155)

Hemos dicho que los conceptos simbólicos se manifiestan en el pensamiento verbal y en el pensamiento escrito. Leibniz perfila su investigación vinculada a la ‘*Characteristica Universalis*’ al pensamiento simbólico escrito y, más específicamente, a los sistemas semióticos aritméticos y algebraicos, ya que observa que estos lenguajes artificiales alcanzan el ideal de simplicidad, claridad, exactitud y univocidad tanto en lo representativo como en lo operacional, lo cual nunca puede ser alcanzado ni por el pensamiento verbal ni por

otras versiones del pensamiento simbólico escrito. El simbolismo propuesto por el lenguaje matemático tiene la peculiaridad de no tener que ser mediado por el lenguaje verbal, sino que conecta directamente el signo con el concepto, es decir, tiene una dinámica netamente conceptográfica. Esta peculiaridad presenta varias ventajas epistemológicas: conlleva un lenguaje gráfico (signos perceptibles constantes), sintético (compendia gran cantidad de información), ordenativo (dispone los caracteres de acuerdo a un criterio riguroso), estructural (fija las relaciones que mantienen entre sí las partes respecto del todo), operativo (permite el cálculo), algorítmico (sigue reglas automáticas) y computacional (resuelve problemas a través de una serie fija de algoritmos).

Los lenguajes que hablamos habitualmente han surgido en la historia de la humanidad de manera espontánea, a partir de las necesidades de la comunicación interpersonal, aunque también han devenido en instrumentos del pensamiento. A ellos recurrimos cuando necesitamos interactuar en la vida cotidiana o cuando razonamos en solitario. Suelen ser lenguajes en los que poseemos una comprensión vaga y confusa de los significados de las expresiones, aunque son más que suficiente como para llevar adelante nuestra existencia. Para el conocimiento científico y filosófico, en cambio, este tipo de lenguaje utiliza constantemente metáforas y metonimias, rozando la ambigüedad y la equivocidad, sin alcanzar una comprensión genuina de los significados enunciados. Leibniz piensa, empero, que los riesgos de este tipo de lenguaje pueden minimizarse mediante una regimentación del significado, al que se llega a través de la definición rigurosa. En líneas generales y en contraste al pensamiento simbólico escrito, el pensamiento verbal es fónico (palabras auditivas inconstantes), intencional (conlleva una comprensión del significado), representacional (no permite prescindir del vínculo entre los conceptos y las palabras), convencional (la conexión entre significado y significante es arbitraria), histórico (se inserta en una tradición cultural común de hablantes) y no algorítmico (está sujeto a la espontaneidad vital del diálogo y las necesidades de la comunicación).

#### **4. El pensamiento simbólico y sus funciones cognitivas**

Señaladas brevemente las ventajas y las desventajas respectivas del pensamiento simbólico y del pensamiento verbal, podemos relevar seis funciones cognitivas vinculadas al paradigma notacional que proporcionan la aritmética y el álgebra en el pensamiento simbólico, “ciencias en las que todo razonamiento consiste en el uso de caracteres y donde el error de la mente

es igual al del cálculo” (Leibniz, 1980, p. 190). Estas son las ciencias escogidas por Leibniz como modelos para la elaboración de sistemas semióticos que sustituyan las operaciones cognitivas espontáneas, así como también para abrir el camino para la introducción de un simbolismo universal. Todas estas consideraciones constituyen la base del proyecto leibniziano de la *‘Characteristica Universalis’*, que consiste en un medio para mejorar nuestras capacidades cognitivas, de modo tal que todo procedimiento inferencial pueda reducirse a una transformación de fórmulas de acuerdo con determinadas reglas de formación y de operación.

En primer lugar, mencionemos la *‘función subrogativa’*. Esta se cumple en la medida en que el conocimiento de un objeto tiene lugar a partir de la consideración del signo que lo denota y no del concepto que le corresponde. De esta manera, el conocimiento simbólico se contrapone al conocimiento intuitivo, que es un tipo de conocimiento que se obtiene por la contemplación de las cosas mismas y sin mediación semiótica, el cual no parece al alcance de los hombres sino más bien una prerrogativa divina: “Únicamente Dios posee el privilegio de tener sólo conocimientos intuitivos” (Leibniz, 1983, p. 598). Leibniz suele referirse a este tipo de pensamiento simbólico con expresiones tales como *‘pensamiento ciego’*, *‘cognición ciega’*, *‘noción ciega’* y *‘concepto ciego’*, porque en cierto sentido consiste en pensar como si no se pensara, es decir, irreflexivamente, como cuando, pensando en seis unidades, pienso también en tres unidades, pero sin tematizarlo. “La manipulación de los símbolos aritméticos y algebraicos de acuerdo con reglas no requieren el conocimiento intuitivo y es por esa razón que el conocimiento simbólico recibe a menudo la denominación de conocimiento ciego” (Esquisabel, 2010, p. 234). En todos los casos significa un tipo de pensamiento en el que pensamos directamente el símbolo sin una clara mediación conceptual o, al menos, con una comprensión vaga, confusa y remota de lo que se significa. Favoreciendo el despliegue de la potencialidad del pensamiento simbólico, en la filosofía de Leibniz es factible, e incluso deseable, el diseño de una característica universal, proyecto ajeno a autores como Descartes y Spinoza, comprometidos con una teoría del conocimiento que sólo da lugar a la aparición de las ideas claras y distintas en la intuición.

La característica universal es la que le da palabras a las lenguas, letras a las palabras, cifras a la aritmética, notas a la música. Es la que nos enseña el secreto de fijar el razonamiento y de obligarlo a dejar algo así como huellas visibles en el papel, para examinarlas a voluntad: es la

que nos enseña a razonar con poco esfuerzo, colocando los caracteres en lugar de las cosas para aliviar a la imaginación. (Leibniz, 1980, p. 360)

En segundo lugar, señalemos la *'representación estructural'*. Los lenguajes coloquiales suelen ser inexactos, tanto desde el punto de vista sintáctico como semántico, dado que han sido concebidos en función de la perspectiva pragmática y de las necesidades vitales de comunicación entre los hombres a lo largo de los siglos. Sus expresiones suelen ser vagas, oscuras y confusas, lo cual hace que nuestro autor desconfíe de sus capacidades de ser portadores de conocimiento simbólico en sentido estricto. "Las lenguas vulgares están sujetas sin embargo a innumerables equívocos y no pueden cumplir las funciones de un cálculo para poder detectar los errores del razonamiento a través de la propia formación y construcción de los vocablos" (Leibniz, 1980, p. 364). En efecto, en el pensamiento verbal se unen la audición de un significante fónico convencional y la comprensión de un significado intencional ligado a una comunidad de hablantes que no hallamos en el pensamiento simbólico de las notaciones de la aritmética y del álgebra. En este último, en cambio, se maneja una simbología definida con significación unívoca y se opera con reglas rigurosas de transformación expresiva que tienen la capacidad de representar estructuras formales del pensamiento y la realidad.

En tercer lugar, en íntima relación con lo que acabamos de mencionar, una de las propiedades más destacadas de las representaciones simbólicas matemáticas está dada por el hecho de que "se trata de notaciones cuya sintaxis muestra *'ad oculos'*, es decir, de manera visual la forma en que el conjunto de los componentes de un objeto dado se encuentran conectados por relaciones y operaciones, disponiéndolos así para el cálculo" (Esquisabel, 2010, p. 239). Esto representa una suerte de sensibilización del pensamiento que permite la realización directa de operaciones cognitivas con y sobre objetos simbólicos. Los símbolos, especialmente los escritos o caracteres, hacen *'visibles'* nuestros pensamientos, dando lugar a una cierta comprensión icónica de la operación que se está realizando, fundada en las propiedades estructurales de la formación simbólica, las cuales no se hallan totalmente regimentadas mediante reglas explícitas. "El espíritu humano no podría avanzar mucho razonando sin servirse de los caracteres. Y los caracteres seleccionados adecuadamente tienen esta propiedad maravillosa: por así decirlo, dejan las marcas de los pensamientos sobre el papel" (Leibniz, 1980, p. 269) Leibniz denomina *'ekthética'* a este tipo de notación icónica o gráfica que exhibe las propiedades del objeto representado y que brinda un hilo

conductor de tipo empírico del pensamiento humano, esto es, “una guía sensible para el laberinto del pensamiento que pudiese percibirse con los ojos y casi como palpase con las manos, a estas circunstancias, según mi opinión, se deben los progresos de la matemática” (Leibniz, 1983, p. 394)<sup>6</sup>.

En cuarto lugar, mencionemos la ‘*algoritmetización*’. El carácter expositivo o ‘*ad oculos*’ del símbolo, por un lado, sensibiliza una estructura eminentemente abstracta y, por otro lado, proporciona la posibilidad de la manipulación operacional mediante la explicitación de reglas sintácticas estrictas. Al ser la escritura una marca física visible de naturaleza espacial, permite realizar con facilidad transformaciones y comprobaciones mediante manipulaciones sobre la forma física de los signos. Surge así la posibilidad de cómputo en el conocimiento simbólico, que propone “la solución de los problemas matemáticos mediante la mera transformación combinatoria de las expresiones simbólicas, con la condición de que la sintaxis del sistema sea lo suficientemente expresiva y las reglas sintácticas estén formuladas de manera exhaustiva” (Esquisabel, 2010, p. 240). Si bien nunca traspasó la barrera de lo programático, la generalización de esta función de cómputo al dominio entero del conocimiento humano se encuentra en el proyecto de la ‘*Characteristica Univeralis*’, cuya promesa radica en obtener la solución de cualquier problema mediante su reducción a un cálculo simbólico.

He observado que la causa que hace que nos equivoquemos tan fácilmente fuera de las matemáticas y que los geómetras hayan tenido tanto éxito radica en que en la geometría, así como en otras partes de las matemáticas abstractas, se pueden hacer experiencias o pruebas continuas no solamente sobre la conclusión, sino también en todo momento y en cada paso que se haga sobre las premisas, reduciendo el todo a números. El único medio de ordenar nuestros razonamientos es hacerlos tan sensibles como lo son los de los matemáticos, de manera que se pueda encontrar sus errores a la vista del ojo, de modo tal que cuando haya una disputa entre las personas se pueda decir tan sólo: contemos, sin otra ceremonia, para determinar quién tiene razón. (Leibniz, 1980, p. 363)

---

<sup>6</sup> *Ekthesis* es un término que significa ‘mostración’ y que el filósofo de Leipzig toma de los comentarios de Proclo a los ‘Elementos’ de Euclides. A propósito de la formulación del principio de identidad lógica, por ejemplo, dice que “igual de evidente es decir ekthéticamente en particular  $A = A$  que decir en general que se es lo que se es”. (Leibniz, 1983, p. 490)

En quinto lugar, destaquemos la 'independización del significado'. En un sistema simbólico de naturaleza algorítmica, las operaciones de cálculo pueden autonomizarse completamente respecto de la consideración de los significados de las expresiones, porque solo se requiere para su funcionamiento seguir las reglas de formación y transformación del sistema, sin la consideración intencional del contenido de los conocimientos. "Leibniz no solo aportó ideas seminales para la automatización de las funciones de cálculo, sino que diseñó dispositivos computacionales concretos" (Esquisabel, 2010, p. 241)<sup>7</sup>. Esta independización semántica permite la creación de un sistema sintáctico formal, susceptible de múltiples interpretaciones, que es el modelo epistemológico que inspira el '*Ars Combinatoria*' ligado a la '*Characteristica Universalis*'. Este sistema sintáctico abstracto suministra un tipo de conocimiento estructural, exclusivamente formal y sin representaciones. Como sucede en la lógica matemática contemporánea, de la cual nuestro autor es un auténtico visionario, la función computacional mecaniza los actos de inferencia al transformarlos en operaciones combinatorias de símbolos, cuyo significado queda indeterminado y abierto a la interpretación que pueda darse a dichas expresiones.

---

<sup>7</sup> Por un lado, un antecedente de este mecanismo combinatorio propio del pensamiento simbólico es el diseño de una máquina lógica, para combatir los errores de los racionalistas averroístas, por parte de Raimundo Lulio hacia fines del siglo XIII. De naturaleza mecánica, la máquina contenía cinco círculos temáticos, giratorios y concéntricos, cada uno de los cuales constaba con nueve conceptos fundamentales: 1) Dios, ángel, cielo, hombre, imaginativa, sensitiva, vegetativa, elementativa, instrumentativa; 2) bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, voluntad, virtud, gloria; 3) diferencia, concordancia, contrariedad, principio, medio, fin, mayoridad, igualdad, minoridad; 4) justicia, prudencia, fortaleza, templanza, fe, esperanza, caridad, paciencia, piedad; 5) avaricia, gula, lujuria, soberbia, acedia, envidia, ira, mentira, inconstancia. Según Lulio, la máquina podía probar por sí misma la verdad o falsedad del postulado puesto en cuestión de modo cuasi algorítmico. Su '*Ars Magna*' fue una obra tan destacada que Lulio dedicó la mayor parte de su vida a describirla y explicarla. Por otro lado, un consecuente de este mecanismo combinatorio propio del pensamiento simbólico es la famosa máquina de Alan Turing de 1936, un dispositivo que manipula símbolos sobre una tira de cinta de acuerdo a una tabla de reglas, de modo tal que al introducir una ecuación la máquina la somete a una combinatoria de reglas algorítmicas que permiten su resolución automática. A pesar de su simplicidad, una máquina de Turing puede ser adaptada para simular la lógica de cualquier algoritmo computacional y es particularmente útil en la explicación de las funciones de una C.P.U. dentro de un ordenador actual. Conviene, sin embargo, no perder de vista que la manipulación sintáctica extensional de contenidos no implica una comprensión semántica intencional de los mismos, por lo cual la inteligencia artificial de una computadora nunca podrá asimilarse a la inteligencia natural de un ser humano.

En sexto lugar, resaltemos las ‘características psicotécnicas destacables’. El pensamiento simbólico, al ser gráfico, sintético y subrogativo, permite la descarga sencilla de la memoria y agiliza las operaciones cognitivas, lo cual es de una gran utilidad, sobretudo en razonamientos largos o cálculos complicados. “Es notable la utilidad que tiene para razonar el servirse de pensamientos simbólicos, pues si hiciese falta explicarlo todo y substituir siempre cada término por su definición, necesitaríamos demasiado tiempo” (Leibniz, 1983, p. 323). Podemos pensar, por ejemplo, en la diferencia que hay entre operar con numerales y recurrir, para los cálculos, a la colección de unidades. Del mismo modo, “una de las motivaciones de la geometría analítica fue la de descargar a la memoria y a la imaginación de la necesidad de utilizar figuras geométricas sumamente complejas” (Esquisabel, 2010, p. 242)<sup>8</sup>. Estas propiedades, como vemos, aumentan al largo plazo la potencialidad del intelecto humano.

## 5. El pensamiento simbólico y los sistemas semióticos

Se sigue discutiendo si el conocimiento simbólico es un instrumento de nuestra razón o si nuestra razón es constitutivamente simbólica. Esta cuestión está ligada, en los escritos de Leibniz, al tema de la creatividad lógica, matemática y científica en general, por ejemplo, llegar a saber cómo se descubre una regla lógica, un teorema matemático o una ley física. Está claro que el mecanismo sintáctico combinatorio por sí solo no alcanza para tales fines, aunque de alguna manera los signos deberían orientarnos para pensar en esos nuevos descubrimientos. Los signos y los caracteres, las figuras y los diagramas, tienen un papel en los procedimientos inferenciales, porque constituyen una guía que conduce el pensamiento. Aunque no se encuen-

---

<sup>8</sup> Alfred Ayer ha dicho: “El poder de la lógica y de la matemática de sorprendernos, así como su utilidad, depende de las limitaciones de nuestra razón. A un ser cuyo intelecto fuera infinitamente poderoso no le interesarían ni la lógica ni la matemática, pues sería capaz de apreciar de un vistazo todo lo que implican sus definiciones y, en consecuencia, la inferencia lógica no le enseñaría nunca nada de lo que no tuviera ya plena conciencia. Nosotros solo podemos determinar de un vistazo una mínima proporción de las consecuencias de nuestras definiciones. Aún una tautología tan simple como “ $91 \times 79 = 7189$ ” está más allá de nuestra aprehensión inmediata. Para asegurarnos de que “7189” es sinónimo de “ $91 \times 79$ ” tenemos que acudir al cálculo, que es simplemente un procedimiento de transformación tautológica, es decir, un procedimiento por el cual cambiamos la forma de las expresiones sin alterar su significación. Las tablas de multiplicar son reglas para ejecutar este procedimiento en la aritmética, exactamente como las leyes de la lógica son reglas para la transformación tautológica de sentencias expresadas en símbolos lógicos o en lenguaje ordinario.” (Ayer, 1971, p. 257)

tren sometidas a reglas explícitas de operación, hacen manifiestas ciertas relaciones estructurales. Así pasa, por ejemplo, con las letras del alfabeto, que nos sirven para combinar sílabas, crear palabras y proferir frases.

Puesto que todos los conocimientos humanos se pueden expresar mediante las letras del alfabeto y se puede decir que aquel que entiende perfectamente el uso del alfabeto lo sabe todo, se sigue de ello que se podrá calcular el número de las verdades de que los hombres son capaces y que se puede determinar la magnitud de una obra que contuviera todos los conocimientos humanos posibles, y ahí estaría todo lo que pudiera ser alguna vez sabido, escrito o inventado. (Leibniz, 1980, p. 65)

Hay una clara tendencia, entonces, a reconocer la importancia de los signos para la constitución del pensamiento humano, porque los signos son indicadores de los que el pensamiento depende para desarrollarse, sean los fonemas en el lenguaje verbal, los caracteres en el lenguaje escrito o los símbolos de los sistemas aritméticos, algebraicos o de cualquier otra índole. “Todo razonamiento nuestro no es más que una secuencia de conexión y sustitución de caracteres. Ya sean esos caracteres verbales, escritos o, incluso, imágenes” (Leibniz, 1980, p. 264). Sin signos no hay pensamiento y sin pensamiento no hay signos, siendo la función primordial de éstos el referirse a otras cosas para alguien que los piensa, es decir, referir objetos para un sujeto, manifestando siempre un aspecto sensible ligado a otro inteligible, es decir, un significante vinculado a un significado <sup>9</sup>.

Leibniz no niega el carácter instrumental y el valor psicotécnico del signo, en el sentido de que nos permite abreviar el pensamiento y fijarlo más fácilmente en la imaginación a través de los caracteres, favorecer el razonamiento mediante una presentación compendiada y descargar el trabajo de la memoria. Pero sostiene que la razón humana no depende de signos por contingencia sino por necesidad: no puede ser considerada como razón pura sino como razón simbólica.

Desde Platón, más claramente desde Aristóteles, se ha ido estabilizando y matizando una concepción básica según la cual nuestro discurso

---

<sup>9</sup> Estos tres momentos que encontramos en la semiótica leibniziana se corresponden perfectamente con el signo, el objeto y el interpretante, correspondientes a la semiótica establecida por Charles Peirce.

hablado y escrito es de naturaleza convencional y adquiere significado sólo a través de su conexión con un discurso mental que es natural porque es el mismo en todos los hombres. Ese discurso mental natural copia de algún modo la realidad dentro del alma humana. Leibniz razonó que un símbolo complejo de un lenguaje convencional ordinario reproduce al menos una parte de la estructura del pensamiento. En vista de ello concluyó que un símbolo complejo de un lenguaje científicamente diseñado podría reproducir toda la estructura de un pensamiento claro. (Leibniz, 1980, p. 159)

De manera que, para Leibniz, no sólo pensamos con signos, sino también en los signos y a través de los signos: “Advierto que nunca podré conocer, descubrir o probar sin servirme de palabras o sin que otros signos estén presentes en mi espíritu. Incluso si no hubiera caracteres, nunca pensaríamos con distinción en algo ni seríamos capaces de razonamiento” (Leibniz, 1980, p. 173).

Si el signo en general tiene un valor constitutivo para el surgimiento de las significaciones, no es tan sencillo separar la función semiótica de la facultad de pensamiento. “Siempre hay algo en nuestra imaginación que responde a las ideas, incluso a las cosas inmateriales, a saber, caracteres como los de la aritmética, del álgebra y también los nombres” (Leibniz, 1980, p. 360). Según esto, la razón humana debe, de alguna manera, hacerse sensible, a raíz de lo cual el signo adquiere un valor gnoseológico y ontológico central.

El análisis de los pensamientos es necesario para descubrir y demostrar verdades. Este análisis se corresponde con el análisis de los caracteres que empleamos para significar pensamientos, pues a cada carácter corresponde un pensamiento determinado. Debido a esto podemos hacer sensible el análisis de los pensamientos y orientarlo, por así decirlo, con un hilo mecánico, pues el análisis de los caracteres es, de algún modo, sensible. (Leibniz, 1980, p. 180)

De esta manera, el signo y en especial los caracteres que componen las fórmulas expresivas, constituirían un esquema sensible de lo inteligible y, por ello mismo, simbólico de la razón. Tendríamos, entonces, entre los caracteres sensibles una relación análoga a la que se da entre las nociones inteligibles, estableciéndose una correlación expresiva y de interdependencia entre la sensibilidad de los signos y la inteligibilidad de los conceptos.

## 6. Representación y expresión

Según Leibniz, entonces, el pensamiento simbólico se hace visible a través de caracteres sensibles con los que mantiene un isomorfismo estructural.

Llamo carácter a la notación visible que representa pensamientos. El arte característico es el arte que forma y ordena caracteres, que se refiere a los pensamientos, de modo tal que las relaciones que hay entre los caracteres es la misma que hay entre los pensamientos. La expresión es la suma de los caracteres, que se expresa en la representación, y la ley de la expresión es ésta: las notas que componen los conceptos se expresan en los caracteres que componen su expresión. (Leibniz, 1980, p. 114)<sup>10</sup>

Lo que en este texto Leibniz denomina como ley de la expresión es de vital importancia, porque en ella se hace patente la correspondencia formal entre el representante y lo representado: el orden y la conexión entre los caracteres refleja el orden y la conexión entre los pensamientos.

Se dice que representa aquello que se corresponde con otro de tal modo que a partir de uno se puede conocer el otro, aunque no sean semejantes, siempre que todas las cosas que ocurren en uno se refieran a ciertas cosas correspondientes con ellas en el otro de acuerdo con una regla o cierta relación. En efecto, que para representar no se requiere de la semejanza es manifiesto por la elipse, que es la proyección del círculo en una tablilla y lo representa ante el espectador de una manera muy distinta y por partes, aunque no es ni debe ser semejante a él. (Leibniz, 1980, p. 324)

Siguiendo con el ejemplo propuesto al inicio de nuestro trabajo, hay una analogía de proporcionalidad entre el círculo y la elipse como cortes cónicos correlativos. Por más disímiles que puedan parecer estas figuras geométricas, a cada proyección cónica podemos adjudicar uno y sólo un punto para el círculo y para la elipse, de modo tal que todos los teoremas y corolarios que se pueden demostrar para el círculo, se pueden demostrar también para la elipse. “Además, ¿qué semejanza puede entenderse que

---

<sup>10</sup> Poéticamente, Jorge Luis Borges nos transmite esta misma idea en la primera estrofa de ‘El golem’: “Si como afirma el griego en el Cratilo, el nombre es arquetipo de la cosa, en las letras de ‘rosa’ está la rosa y todo el Nilo en la palabra ‘Nilo’.” (Borges, 2005, 94)

existe entre los caracteres aritméticos y los números ideales? Sin embargo, los caracteres que usamos representan los números de una manera tan exacta que las propiedades de los números se descubren mediante caracteres" (Leibniz, 1980, p. 322). Es importante destacar el énfasis que pone Leibniz en sostener que no es necesario que haya semejanza entre el representante y lo representado, sino que lo decisivo es la presencia de una cierta ley de correspondencia que mantenga invariantes las estructuras subyacentes: hay un isomorfismo estructural entre los números ideales de la aritmética y los caracteres sensibles que permiten su expresión.

Para que la representación sea factible, no es necesario que exista entre el representante y lo representado una semejanza pictórica sino estructural, que es lo que sucede entre el círculo, la elipse y otras figuras cónicas.

Es verdad que la misma cosa puede ser representada de maneras diversas, pero debe haber siempre una relación exacta entre la representación y la cosa y, en consecuencia, entre las diferentes representaciones de una misma cosa. Las proyecciones de perspectiva, que resultan en el círculo en las secciones cónicas, hacen ver que un mismo círculo puede ser representado por una elipse, por una parábola y por una hipérbola e incluso por algún otro círculo, por una línea recta o por un punto. Nada parece tan diferente ni tan desemejante que estas figuras y, sin embargo, existe una relación exacta de cada punto con cada punto. (Leibniz, 1980, p. 327)<sup>11</sup>

Como se puede apreciar a propósito del círculo, la elipse, la parábola y la hipérbola, la interexpresión garantiza tanto el carácter representacional como la posibilidad de establecer una convergencia entre diferentes puntos de vista, a pesar de que no parezcan figuras convergentes. En este contexto, la objetividad está dada por la posibilidad de traducir una perspectiva en otra, estando unidas por una estructura inteligible común que es garantía de la verdad.

La teoría de la representación sostiene que a partir de un análisis del sistema representante se pueden descubrir propiedades del sistema represen-

---

<sup>11</sup> Algo similar encontramos en textos leibnizianos que hablan sobre la percepción en general: "No hay que creer que al decir espejo concibo que las cosas externas sean reproducidas siempre como en una imagen pictórica en los órganos y en el alma misma. Basta en verdad para la expresión de un ente en otro que haya alguna ley constante de relaciones, en virtud de la cual los elementos singulares de uno puedan referirse a los elementos singulares que les correspondan en el otro" (Leibniz, 1980, p. 509).

tado, porque el representante se erige como un símbolo de lo representado. Para que esto se cumpla, debe haber una analogía estructural entre el signo y el significado, esto es, el orden sintáctico inherente a la cadena de signos debe replicar el orden de las propiedades de los objetos representados. Dicho de otro modo, “si podemos operar con los caracteres en lugar de las cosas, para extraer conclusiones acerca de ellas, tiene que haber alguna relación entre las estructuras simbólicas y las cosas que representan” (Esquisabel, 2012, p. 18). Por ejemplo, se dice que los números triangulares representan a los números cuadrados, porque entre ambas series encontramos una función biunívoca rigurosa, en la que la suma de dos números triangulares consecutivos produce los sucesivos cuadrados. Puede apreciarse que, si bien en esta tabla se requiere del cálculo, el factor de la disposición de las series numéricas constituye un elemento visual que guía el proceso de inferencia que nos lleva al descubrimiento del siguiente término de la serie numérica <sup>12</sup>:

Números triangulares:	1	3	6	10	15	21	28	36
Números cuadrados:	1	4	9	16	25	36	49	64

Los sistemas semióticos como el lenguaje común, los diagramas geométricos o los sistemas simbólicos de la aritmética y el álgebra, pueden cumplir una función representacional dado que poseen una constitución expresiva. “El carácter expresivo de las formas semióticas consiste, para decirlo sintéticamente, en una proyección de la estructura formal del objeto denotado en la estructura de la formación semiótica” (Esquisabel, 2018, p. 11). Esto sucede, por ejemplo, en el lenguaje común cuando digo: “*Si no me equivoco, tú has venido ya*” o en su lugar digo: “*Me equivoco o tú has venido ya*”, porque ambos enunciados expresan lo mismo, tienen la misma estructura lógica: traducido a la simbología de la lógica proposicional tendríamos la equivalencia  $(\neg p \rightarrow q) \equiv (p \vee q)$ . Algo análogo sucede en ecuaciones como la del exponente fraccionario:  $a^{1/n} = \sqrt[n]{a}$ ;

la potencia de una potencia:  $(a^n)^m = a^{nm}$ ;

---

<sup>12</sup> Los números triangulares son aquellos que pueden recomponerse en un triángulo equilátero y tienen la peculiaridad de constituirse a partir de la suma de números enteros consecutivos. Los números cuadrados son aquellos números cuya raíz cuadrada es un número natural y tienen la peculiaridad de ser el resultado de la suma de dos números triangulares consecutivos.

el teorema de Pitágoras:  $a^2 + b^2 = c^2$  ;

la ley de gravitación de Newton:  $F = G \frac{m_1 m_2}{r^2}$   $G = 6.67 \times 10^{-11}$  ;

la ley de la equivalencia entre masa y energía de Einstein:  $e = mc^2$  ;

las leyes lógicas de De Morgan  $[\neg(p \wedge q) = \neg p \vee \neg q]$  y  $[\neg(p \vee q) = \neg p \wedge \neg q]$ .

Más allá de su aplicación práctica, la concepción de que la fórmula es de carácter expositivo nos retrotrae a la idea de que permite ver una forma o estructura a través de su sintaxis. De allí la ambivalencia constitutiva de la fórmula que, por un lado, es apta para el cálculo mecánico y, por otro lado, es una forma que muestra algo que va más allá de sí misma. De esta manera, una sintaxis no se limita a ser sólo una relación entre caracteres, cualquiera que sea su tipo, sino que también revela o muestra siempre una estructura ideal subyacente. De todos modos, a los fines metodológicos, la estructura simbólica puede ser tratada como un objeto sensible mediante procedimientos puramente computacionales sin recaer en connotaciones ontológicas.

## 7. Expresión y verdad

Estructuralmente, el signo es algo que remite a algo, su utilidad coincide plenamente con su referencialidad: "Signo es algo percibido a partir de lo cual se infiere la existencia de algo no percibido" (Leibniz, 1980, p. 497). En efecto, el signo trae a la presencia algo que no puede estar presente por sí mismo, el signo expresa o manifiesta realmente algo de lo significado. El carácter es un tipo especial de signo que, por su forma impresa fija, tiene una naturaleza representacional, que va más allá de la función puramente referencial. "Se dice que una cosa expresa otra, cuando la primera contiene relaciones que están en correspondencia con las relaciones de la cosa que tiene que ser expresada" (Leibniz, 1980, p. 173). La noción de expresión es, entonces, la categoría ontológica que hace posible que el signo exponga el objeto designado, porque el signo se encuentra en lugar de otra cosa a la cual representa y expresa, sustituyéndola o subrogándola a partir de una cierta relación estructural que mantiene con ella. Sin embargo, la teoría de la expresión leibniziana encuentra su respaldo ontológico último en la teoría de la armonía universal preestablecida, la cual garantiza que todo lo que ocurre en el ámbito inteligible representado tiene su correlato en el ámbito

sensible representante, de acuerdo a un orden riguroso resultante del diseño inteligente del universo.

En su texto 'Diálogo sobre la conexión entre las cosas y las palabras' (1677), Leibniz expone su tesis representacionista en contraposición a la tesis convencionalista de Hobbes en relación a la cuestión de la verdad. En '*De Corpore*', este empirista inglés sostiene tres cuestiones: 1) la verdad depende del significado de las palabras; 2) el significado de las palabras depende de la definición; 3) las definiciones son convencionales y arbitrarias. Frente a esto, Leibniz responde que "las ideas no dependen de los nombres" (Leibniz, 1983, p. 247) y que las definiciones son convencionales pero no arbitrarias, ya que "una misma idea expresada en latín, alemán, inglés o francés no sería una misma verdad y habría que decir, con Hobbes, que la verdad depende del capricho de los hombres" (Leibniz, 1983, p. 476). El filósofo de Leipzig señala tres cosas al respecto: 1) los signos son convencionales y arbitrarios; 2) el orden y la conexión de los signos no son arbitrarios, sino que expresan relaciones y conexiones de las cosas mismas; 3) la verdad consiste en la analogía o adecuación que hay entre el orden y la conexión de los signos y entre el orden y la conexión de las cosas.

Advierto que si los caracteres pueden aplicarse al razonamiento debe haber en ellos una construcción compleja de conexiones, un orden que convenga con las cosas, si no en las palabras individuales, al menos en su conexión y flexión. Y este orden, con algunas variaciones, tiene su correspondencia de algún modo en todas las lenguas. Aunque los caracteres sean arbitrarios, su empleo y conexión tienen, sin embargo, algo que no es arbitrario, a saber, cierta proporción entre los caracteres y las cosas, y en las relaciones entre los diversos caracteres que expresan las mismas cosas. Y esta proporción o relación es el fundamento de la verdad. En efecto, esta proporción o relación hace que, aunque empleemos estos u otros caracteres, el resultado siempre sea el mismo, o bien algo equivalente o algo que corresponda proporcionalmente, aunque acaso para pensar siempre sea necesario emplear algunos caracteres. (Leibniz, 1980, p. 174)

En estos planteos leibnizianos descubrimos un isomorfismo estructural de base entre lenguaje, pensamiento y realidad, restringido al conocimiento simbólico reflejado en la aritmética, la geometría y el álgebra, resultante en última instancia de la armonía universal preestablecida, que permite a

Leibniz vislumbrar esa articulación relacional existente entre los sistemas semióticos. Esta representatividad del signo permite la transformación expresiva que preserva las estructuras y expresa objetos, relaciones entre objetos y operaciones entre objetos.<sup>13</sup>

La proporcionalidad que los caracteres mantienen con sus respectivos objetos es lo que nos permite razonar con verdad acerca de ellos, más aún, es ella la que constituye la condición formal de la verdad, de tal modo que, a pesar de las diferencias que pueda haber entre distintos sistemas de representación semiótica, la verdad pueda conservarse, como ocurre en la aplicación de diversos sistemas numéricos para representar los números. (Esquisabel, 2018, p. 15)

Un claro ejemplo de analogía estructural es la relación que hay entre el sistema decimal y el sistema binario de cifrado, que nos permite traducir, por ejemplo, ' $2 \times 3 = 6$ ' como ' $10 \times 11 = 110$ ', o cualquier otra expresión sin mayores inconvenientes. Otro ejemplo que confirma lo que queremos decir es el caso de los automorfismos, en los que tomamos un conjunto, lo transformamos en otro y luego lo volvemos a transformar en el primero, yendo del todo a la parte y de la parte al todo sin mayores dificultades gracias al isomorfismo subyacente<sup>14</sup>:

---

<sup>13</sup> Valga acotar aquí que todo este planteo repercutirá en la filosofía analítica de autores como Gottlob Frege, Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein, para quienes el lenguaje refleja isomórficamente el pensamiento y el mundo, es decir, cada palabra se corresponde a un objeto y cada proposición a un hecho que reúne varios objetos. Contrariamente a lo que sucede en la lógica aristotélica contenida en el 'Organon', la lógica matemática actual inspirada en Leibniz es primo intencional, o al menos integra en un mismo plano lo primo intencional y lo secundo intencional, ya que las fórmulas lógicas son interpretadas más como representaciones isomórficas de la realidad que como expresión de relaciones de razón entre conceptos objetivos, sólo indirectamente fundados en las cosas y, por ello mismo, secundo intencionales.

<sup>14</sup> El sistema decimal necesita diez dígitos diferentes, los cuales deben estar constituidos de un símbolo o grafema, cuyo valor en orden creciente es: 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. Por convenio, los dígitos de esta notación se escriben de izquierda a derecha, empezando por los órdenes superiores y acabando en la unidad, marcando la carencia de unidades con un cero. Así, en el sistema decimal, 505 equivale a  $5 \cdot 10^2 + 0 \cdot 10^1 + 5 \cdot 10^0$ . Si existen órdenes menores a la unidad, se escribe una coma (,) o un punto (.) para separarlos de las unidades y se continúa escribiendo de mayor a menor, acabando con las unidades de orden inferior.

Sistema Decimal	Sistema Binario	Ejemplo de Automorfismo
1	1	$a^2 = (d - e)^2$
2	10	$a^2 = d^2 - 2de + e^2$
3	11	$d^2 = a^2 + 2ae + e^2$
4	100	$e^2 = e^2$
5	101	$2de = -2ae - 2e^2$
6	110	$= a^2 = a^2$

Contra Hobbes, en todos estos ejemplos se demuestra que los signos son arbitrarios, pero no lo son las relaciones que se establecen entre los mismos, porque se mantiene inexorablemente la misma estructura. Lo que garantiza el paso de un sistema simbólico a otro no tiene que ver con la configuración visual de los signos, sino con el hecho de que compartan una misma estructura formal que se mantiene invariante en la transformación. “No es necesario que aquello que expresa sea igual a la cosa expresada, siempre que conserve alguna analogía para los respectos” (Leibniz, 1980, p. 178). En la expresión, por lo tanto, debe haber una relación de analogía entre lo expresante y lo expresado. En este sentido, la semiótica leibniziana no es ni un construccionismo que crea su objeto en la misma semiosis ni un representacionismo pictórico que reproduce el objeto tal cual es. Por el contrario, la formación semiótica representa al objeto desde cierto aspecto y en función de cierta perspectiva asumida por el sujeto, sin la pretensión absolutista de querer agotarlo en una sola expresión.

Entonces, una cosa expresa otra cuando existe una relación regulada y constante entre las relaciones de la primera y las relaciones de la segunda cosa.

Se dice que expresa una cosa aquello en que hay respectos que responden a los respectos de la cosa que va a expresarse. Pero esas expresiones son varias, por ejemplo, el modelo de la máquina expresa la máquina misma, la proyección de la cosa sobre un plano expresa el sólido, el discurso expresa pensamientos y verdades, las cifras expresan números, la ecuación algebraica expresa círculos u otras figuras. (Leibniz, 1980, p. 179)

El concepto leibniziano de expresión relaciona al representante con lo representado a través de la analogía, alejándolo tanto del equivocismo planteado por teorías convencionalistas de la desemejanza entre lo representante y lo representado, así como del univocismo planteado por una teoría pictórica de la semejanza total entre lo representante y lo representado. La analogía estructural subyacente es, entonces, lo que fundamenta el hecho de que la construcción semiótica pueda representar algo en sentido estricto, esto es, la subrogación de una cosa por otra de manera legítima, de modo tal que lo que representa pueda valer tanto como lo representado.

Hilando más fino en el asunto, el concepto de representación es una especificación del concepto de expresión, más precisamente, constituye el aspecto epistémico y semiótico de la expresión.

Una cosa expresa otra cuando hay una relación constante y regulada entre lo que se puede decir de uno y del otro. La expresión es común a todas las formas y es un género, cuya percepción natural, sentimiento animal y cognición intelectual, son especies. (Leibniz, 1980, p. 271)

Lo que representa a otra cosa expresa lo representado, lo cual es posible porque la naturaleza misma de las cosas es expresiva: las palabras expresan los pensamientos, los pensamientos expresan las cosas, el cuerpo humano expresa el alma humana, el alma humana expresa el mundo desde cierta perspectiva, el mundo en cada una de sus partes y como un todo expresa a Dios. La expresión es, en definitiva, una categoría general de carácter ontológico que cumple en la doctrina leibniziana una función similar a la que cumple la categoría de participación en la doctrina tomista, siendo la analogía, tanto en el caso de Leibniz como en el de Tomás de Aquino, su correlato epistemológico.

Metafísicamente, Leibniz se entronca en la tradición neoplatónica de Plotino y Proclo, donde la unidad se expresa en la multiplicidad y la multiplicidad en la unidad, mediada por autores como Nicolás de Cusa y Giordano Bruno, para quienes la doctrina de la creación se comprende sobre la relación entre la 'explicatio' y la 'complicatio', entendidas como despliegue y repliegue de la naturaleza divina. Pero la analogía que maneja la ontología leibniziana tiene más que ver con la 'analogía de proporcionalidad', que consiste en una relación entre relaciones y que tiene su origen en la matemática pitagórica, que con la 'analogía de atribución', que tiene la predominancia en la tradición tomista en relación a la participación del ser en los entes y que tiene su origen en la metafísica aviceniense. En efecto, "Leibniz

traduce una preocupación metafísica tradicional, la relación entre lo uno y lo múltiple, en términos que se inspiran fundamentalmente en la geometría proyectiva y que poseen un notable sesgo contemporáneo, por sus matices estructuralistas” (Esquisabel, 2018, p. 18)<sup>15</sup>.

## 8. Verdad y perspectivismo

De la temprana distinción entre idea y concepto, se podía vislumbrar ya que nuestra experiencia cognitiva no daría lugar a la intuición intelectual de ideas, como sostenía Descartes. Hemos visto que la idea se expresa siempre en conceptos o nociones que incluyen un componente inteligible y otro sensible, como sucede en el caso del círculo con los trazos diagramáticos, los caracteres algebraicos o los términos que permiten definirlo coloquialmente. Dado que lo finito no puede abarcar lo infinito que expresa y que el concepto no puede agotar la idea que representa, nuestro conocimiento se revela necesaria y constitutivamente simbólico, síntesis de idealidad y de sensibilidad, de significante y de significado, cupla que expresa, en definitiva, la corporalidad y la espiritualidad de la misma persona humana. “Estoy persuadido de que las almas y los espíritus creados nunca existen sin órganos y tampoco sin sensaciones, como tampoco podrían razonar sin caracteres” (Leibniz, 1983, p. 245).

En este sentido, el concepto simbólico expresa una idea y, a través de ella, denota un objeto, pero paralelamente expresa la constitución ontológica material y espiritual del sujeto que lo profiere, que se desarrolla siempre situado en el tiempo y en el espacio, desde una perspectiva histórica y geográfica determinada.

La razón, en la medida en que es esencialmente simbólica, accede al dominio de lo formal, que constituye también una dimensión del ser de las cosas y, en la misma medida en que sus otras dimensiones, se nos presenta siempre en escorzo, de manera perspectivista, a través de la multiplicidad de los sistemas semióticos, entre ellos, también los lenguajes históricos. (Esquisabel, 2016, p. 68)

---

<sup>15</sup> La importancia de la relación en el pensamiento de nuestro autor es central: “La clasificación de los objetos de nuestro pensamiento en sustancias, modos y relaciones me agrada bastante. Pienso que las cualidades no son más que modificaciones de las sustancias y que el entendimiento añade por su parte las relaciones. A partir de aquí surge todo lo demás” (Leibniz, 1983, p. 163).

Y es por eso que el conocimiento humano se da progresivamente, sobre la base de una estructura universal de la experiencia y bajo los influjos de la ley de continuidad ontológica, que no permite que haya saltos sino cambios graduales, pudiendo haber múltiples puntos de vista sobre el mundo, pero de ninguna manera tan radicalmente diferentes hasta llegar a ser inconmensurables.

Aunque todos los hombres expresen los mismos fenómenos, no por eso sus expresiones son perfectamente semejantes sino que basta con que sean proporcionales: tal como numerosos espectadores creen ver lo mismo y en efecto se entienden mutuamente, aunque cada uno ve y habla según la medida de su visión. (Leibniz, 1980, p. 296)

Más bien, los puntos de vista constituyen un sistema de 'perspectivas' que permiten la manifestación de 'aspectos' de un único y mismo mundo, del mismo modo que cada objeto se exhibe a través de múltiples apariciones aspectuales sin perder su identidad ante las perspectivas correlativas.

Como una misma ciudad contemplada desde diferentes lados parece enteramente otra y se halla como multiplicada en lo que respecta a su perspectiva, también ocurre que debido a la multitud infinita de sustancias simples, hay como otros tantos universos diferentes que, sin embargo, no son más que las perspectivas de uno solo, según los diferentes puntos de vista de cada mónada. (Leibniz, 1980, p. 618)

El punto de vista no es sólo un centro desde donde se mira y se apunta (enfoque subjetivo), sino que es también el punto donde algo aparece y se expresa desde cierto aspecto (enfoque objetivo).

El acuerdo dialógico es posible, al menos como ideal regulativo, porque en el fondo los diferentes aspectos horizonticos son siempre expresiones de lo mismo, que, en cuanto tal, aparece o se exhibe siempre de manera parcial. En el fondo, es el ser mismo de las cosas el que, mediante la acción humana, libera o despeja sus posibilidades interpretativas, y es ese mismo ser, incluyendo el de nosotros mismos, el que postulamos como aquello en que fundamos nuestra confianza en una unidad final. (Esquisabel, 2016, p. 45)

Sin embargo, la consecución de la verdad total y de la explicitación completa del sentido del ser, consistente en un punto de vista absoluto y

omnienvolvente, se revela como una tarea impensable e imposible, esto es, como un punto de fuga que, en el sistema de perspectivas, se ubica en el infinito. En efecto, a pesar de la ilimitada expansión de nuestros horizontes de comprensión, las cosas definitivamente se nos escapan, porque siempre pueden dar más de sí y contienen una reserva inagotable de sentido. Por eso, "todas las proposiciones existenciales son, ciertamente, verdaderas, pero no necesarias, pues no pueden demostrarse a no ser usando infinitas proposiciones, o sea, mediante una resolución hasta infinitos hechos, es decir, partiendo de la noción completa del individuo" (Leibniz, 1980, p. 219).

En función de lo que venimos diciendo, se vislumbra una afinidad especulativa entre la hermenéutica gadameriana y la monadología leibniziana, porque toda mónada constituye, en cuanto tal y en su propio ser, un punto de vista o una perspectiva del mundo.

Más allá que cada mónada creada represente el universo entero, representa más distintamente el cuerpo que le afecta particularmente y del cual constituye la entelequia, y como este cuerpo expresa todo el universo en su plenitud, el alma representa, por consiguiente, todo el universo al representar el cuerpo que le pertenece de una manera particular. (Leibniz, 1980, p. 620)

Cada mónada, como concentración de la multiplicidad en la unidad, es una parte que refleja un todo, una expresión del universo, esto es, de la unidad de lo diverso, un autodespliegue finito de lo infinito, fruto de un orden relacional preestablecido. Dice Leibniz en 'Discurso de metafísica' de 1686:

Dios, en efecto, hace girar, por así decir, por todos los lados y de todas las maneras el sistema general de los fenómenos que considera oportuno producir para manifestar su gloria y mira todos los aspectos del mundo de todas las maneras posibles, puesto que no existe relación alguna que escape a su omnisciencia. El resultado de cada visión del universo, en el que éste comparece como contemplado desde un determinado lugar, es una sustancia que expresa el universo conforme a esa visión, con tal que Dios considere conveniente hacer efectivo su pensamiento y producir esa sustancia. (Leibniz, 1980, p. 315)

A pesar de su clausura al influjo de otras realidades, la mónada tiene mundo, es un ser-en-el-mundo, porque es un punto a través del cual se filtra

todo el universo, su realidad consiste en ser una perspectiva de una totalidad que siempre aparece representada, pero nunca dada como es en sí misma, excepto en la razón divina. “El universo está en cada una de sus partes e incluso en cada una de sus unidades, sólo que en pequeño y desde una perspectiva diferente” (Leibniz, 1983, p. 72). Las mónadas no se relacionan entre sí, pero al proyectar las respectivas visiones del mundo desde los focos correspondientes, se puede ver en la intersección de las respectivas proyecciones, que habitan y dialogan en un mundo común, en donde todo está interconectado con todo y en donde lo finito está esencialmente abierto a lo infinito. Y es por eso que, a pesar de ser concebida como una sustancia dotada ‘sui generis’ de percepción y apetición, “la mónada leibniziana proporciona un modelo anticipado del modo de existencia fáctica que se encuentra en la base de la hermenéutica, a saber, el Dasein y, en la fenomenología, del Ego como polo intencional” (Esquisabel, 2016, p. 47). En efecto, la aparente clausura del sujeto monadológico al mundo circundante, que se expresa en la famosa metáfora de la mónada sin puertas y sin ventanas, como punto de fuerza percipiente y apetente que despliega desde sí toda su actividad, se resuelve con la consideración de la tesis de la armonía preestablecida y el acuerdo universal que descubrimos en la actividad de todas las mónadas que pueblan el mundo gracias a su composibilidad constitutiva, a través de la cual advertimos que la interactividad de las mónadas se expresa como el despliegue de una trascendencia en la inmanencia. “La comunicación de las sustancias o mónadas surge no por influjo sino por un acuerdo originado en una preformación divina: cada mónada se ajusta a las demás en tanto sigue la fuerza ínsita y las leyes de su naturaleza” (Leibniz, 1980, p. 492)<sup>16</sup>.

La consideración de la monadología como un sistema donde no hay comunicación posible, esto es, un sistema en el cual cada principio activo del universo es cerrado en sí mismo, es superada argumentando que la comunicación, en vez de darse de modo inter-sustancial, se da de manera intra-sustancial. Así, el mundo del sujeto monadológico no es solamente su mundo, sino también el mundo de los otros. “La armonía universal es una tesis ontológica en el sentido estricto de la palabra: constituye una garantía que permite la comunicación universal entre todas las cosas” (Esquisabel, 2016, p. 49). La armonía universal preestablecida, como ya lo habíamos ade-

---

<sup>16</sup> “Nada penetra en el espíritu desde el exterior y tenemos el equivocado hábito de pensar como si nuestra alma recibiera algunas especies mensajeras y como si poseyera puertas y ventanas” (Leibniz, 1980, p. 312).

lantado, es la condición de posibilidad última de la interexpresión de los sistemas semióticos, de la fusión histórica de los horizontes de comprensión, de la transformación de los sentidos sedimentados y de la comunicabilidad universal intersubjetiva. Considerando estas cuestiones, nuestras vidas se despliegan como si las mónadas tuvieran puertas y ventanas, porque si todo ya está de antemano coordinado en una comunidad interrelacionada armónicamente, podemos confiar en que, no sólo en el mundo hay un orden preestablecido, sino también que la aparente diversidad y contraposición de puntos de vista, finalmente, tenderán idealmente hacia un acuerdo definitivo, porque “para Leibniz nuestro conocimiento de la realidad implica fundamentalmente una aproximación a ella mediante modelos que tienden a la isomorfía completa, probablemente sin alcanzarla nunca de manera completa” (Esquisabel, 2013, p. 6).

Por eso piensa Leibniz que en el fondo de las disputas filosóficas, aparentemente irreconciliables y caóticas, reina una armonía oculta que despliega la identidad de la verdad a través de un sistema de diferencias. “Si el ser es armónico, la razón humana puede siempre anticipar esa armonía y apuntar hacia ella, en el sentido de que el acuerdo, la concordancia, siempre es posible” (Esquisabel, 2016, p. 50). Estamos destinados al acuerdo universal y no hay que perder la confianza en que lo lograremos, a pesar de la diversidad de opiniones, creencias y cosmovisiones. Así como cada objeto revela cierto ‘aspecto’ del mismo ante la ‘perspectiva’ de cada sujeto que lo considera, así también cada postura filosófica revela cierto ‘semblante’ de la verdad desde cierto ‘enclave’ situado históricamente. Acontece, según esto, una auténtica ‘*eidopóiesis*’ de la verdad, que se va desplegando de época en época, de horizonte en horizonte y de escorzo en escorzo, sin que este proceso implique un conflicto insoluble entre las interpretaciones del mundo, por subyacer en el fondo de estas consideraciones una analogía estructural que permite cierta articulación armónica entre las mismas. Este es el sentido profundo del ideal leibniziano de la ‘*philosophia perennis*’, un trabajo intergeneracional que no tendrá fin, crucial en un pensador que sueña con erigir una filosofía que sea la base de la reunificación de la cristiandad y que se construye en continuo diálogo con los intelectuales de su época, en franco cotejo y contraposición, en auténtica actitud hermenéutica vinculada con su capacidad empática de pensar y sentir desde el punto de vista de los otros.

Leibniz no creía que el sistema de un filósofo fuera capaz de explicar exhaustivamente el universo. De ahí su preocupación por confrontar

sus propias tesis con las de otros y de procurar que la empresa filosófica se transformara en una vasta empresa colectiva. (Olaso, 1980, p. 15)

En efecto, en tanto quien se pronuncia siempre lo hace desde una perspectiva y, por tanto, con una visión parcial del asunto en cuestión, por principio, no puede pronunciar toda la verdad, ni nadie puede hacerlo: “¡Tienen tantos lados las cosas!” (Leibniz, 1980, p. 249). No obstante, en el entrelazamiento de todas esas pronunciaciones fragmentarias, en el campo de la verdad existe, según Leibniz, una armonía preestablecida por Dios, “autor de las cosas, el cual no hace nada sin razón y sin armonía” (Leibniz, 1983, p. 48), a pesar de la aparente falta de coherencia y convergencia. En todos los sistemas filosóficos existe algo de verdad, algo digno de ser aprovechado, algo que refleja la profunda unidad del universo dispuesta desde toda la eternidad, porque la verdad es análoga, se dice de muchas maneras e implica un proceso dinámico de revelación que contemple los aspectos objetivos y las perspectivas subjetivas que se despliegan de vez en vez.

La verdad está más extendida de lo que se piensa, pero en general se encuentra encubierta y, más frecuentemente aún, debilitada y mutilada, corrompida por añadidos que la arruinan o la hacen menos útil. Haciendo ver estas huellas de la verdad en los antiguos o, para hablar con mayor generalidad, en los que nos precedieron, se extraería el oro del fango, el diamante de su mina y la luz de las tinieblas. Y, en efecto, una cosa así sería una cierta ‘perennis philosophia’. Se puede también decir que es comprobable un progreso en los conocimientos. Los orientales han tenido bellas y grandes ideas acerca de la Divinidad. Los griegos le han añadido el razonamiento y una forma de ciencia. Los Padres de la Iglesia han rechazado lo que había de malo en la filosofía de los griegos. Mas los escolásticos han tratado de emplear con utilidad para el Cristianismo lo que había de aceptable en la filosofía de los paganos. (Leibniz, 1980, p. 624-625)<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> Cada lengua supone una visión del mundo desde un punto de vista determinado, lo cual implica una perspectiva y una hermenéutica correlativa. Esta tesis se extiende a la Revelación Divina misma, la cual nunca podrá pronunciar toda la verdad, porque en tanto está escrita en determinada lengua, sea hebreo, arameo o griego, no deja de ser una representación finita de una verdad infinita, efectuada desde cierta perspectiva y sujeta a la dilucidación de la razón para su comprensión. En cambio, la característica universal leibniziana, en tanto emula la lengua adámica, pretende sortear estos relativismos culturales, diseñando un lenguaje unívoco de caracteres originarios, esto es, símbolos que por su misma forma representen clara y distintamente el contenido de lo

Parece posible, entonces, realizar una reducción eidética de los significados analogantes de los diversos horizontes históricos, es decir, resulta plausible develar una estructura universal de la experiencia en general a partir de la armonización de los puntos de vista a lo largo de la historia del pensamiento, recogiendo lo que hay de universalidad y necesidad en ellos, sin tener que recurrir a una síntesis dialéctica superadora de los mismos en sentido hegeliano.

La consideración de este sistema hace ver también que, cuando se llega al fondo de las cosas, se observa mucha más razón de lo que se creía que se podía encontrar en la mayor parte de las sectas de los filósofos: la poca realidad sustancial de las cosas sensibles de los escépticos, la reducción de todo a la armonía o números, ideas y percepciones de los pitagóricos y platónicos, lo uno y también el todo de Parménides y de Plotino, sin espinosismo alguno, la conexión estoica, compatible con la espontaneidad de los otros, la filosofía vital de los cabalistas y de los herméticos, que introducen sensaciones por todas partes, las formas y entelequias de Aristóteles y de los escolásticos y, a pesar de ello, la explicación mecánica de todos los fenómenos particulares según Demócrito y los modernos, y así a continuación, se encuentran reunidas como en un centro de perspectiva, desde donde el objeto, embrollado cuando se lo contempla desde otro lugar, deja ver su regularidad y la conveniencia de sus partes: se ha fallado sobre todo por el espíritu de secta, limitándose a rechazar a todos los otros. (Leibniz, 1980, p. 626-627)

Si cada ser humano expresa algo esencial en la historia del mundo, tanto más expresarán los pensadores fundantes de los sistemas filosóficos, entre los cuales reina un secreto y profundo acuerdo que descansa en la armonía preestablecida subyacente al mejor de los mundos posibles, resultante de la

---

simbolizado. Estos caracteres originarios descansan, en última instancia, en las ideas participadas en nuestra mente, que es lo que la característica intenta recuperar por medio de la reflexión y del análisis, descomponiendo todo en sus elementos simples y conectando todo en unos pocos axiomas. Estos caracteres, entonces, están en nosotros mismos y, si llegásemos a conocerlos tal como son, podríamos deducir el mundo en toda su integridad y en todas sus posibilidades. Esta ambiciosa empresa leibniziana que nucleaba la *Characteristica Universalis* y el *Ars Combinatoria* nunca pasó de ser más que un proyecto programático, desparramado en esbozos, retazos y esquemas.

mejor combinación de compositibles, tanto desde el punto de vista sincrónico como diacrónico: “La armonía entre ellos está garantizada por la existencia de Dios, que conoce desde qué perspectiva ve cada cual el mundo y permite que cada concepción se actualice en un sistema” (Echeverría Ezponda, 1983, p. 22)<sup>18</sup>.

Como puede apreciarse, Leibniz es un pensador vinculado a temáticas vigentes de la filosofía contemporánea. Con su espíritu integrador y conciliador, nos enseña que lo finito no puede abarcar lo infinito y que, por consiguiente, no puede haber un saber absoluto de lo absoluto o *‘sub specie aeternitatis’*, porque la verdad se manifiesta gradual, temporal e históricamente, desde un sistema de perspectivas y escorzos pluricausal que reposa sobre un fondo estructural común del que brotan sus expresiones. “Comprender distintamente todo el infinito y ver todas las causas y todas las consecuencias, sólo le compete a la Razón Suprema” (Leibniz, 1983, p. 50). La armonía universal del ser de los entes preestablecida desde toda la eternidad garantiza la coherencia de esta postura perspectivista, salvaguardándola de cualquier interpretación relativista y posmoderna. Más bien, Leibniz parece señalar que el ejercicio del conocimiento simbólico y de la reflexión crítica debe permitir ensanchar nuestros horizontes de comprensión, para mostrarnos progresivamente la riqueza inagotable de la realidad, en un trabajo de esfuerzo conjunto, continuo e interminable. Por principio metodológico, ninguna doctrina debe estar cerrada a nuevos horizontes, lo cual conlleva a un dogmatismo ciego y estático que clausura todo interrogante, toda posibilidad de diálogo y apertura a la realidad en su totalidad. Por el contrario, el auténtico camino del conocimiento simbólico exige tensionar nuestros pensamientos y nuestras verdades, para tener así el valor y la audacia de asumir nuevos desafíos, así como para volver a pensar la tradición filosófica incorporando matices y perfiles que permitan, dentro de los límites de nuestra finitud, comprender más del ser del hombre, del ser del mundo y del ser de Dios. Y esta actitud no sólo se restringe a la filosofía y a la ciencia, sino que se extiende al terreno político y religioso. Consideramos que éste es el auténtico y más profundo mensaje del creador de la expresión *“perennis philosophia”*.

---

<sup>18</sup> Paul Feyerabend, en nuestros días, parece encaminarse en este mismo modo de pensar cuando en su autobiografía dice: “He llegado a la conclusión de que cada cultura es en potencia todas las culturas, y que las características culturales especiales son manifestaciones intercambiables de una sola naturaleza humana.” (Feyerabend, 1995, p. 144)

## Referencias

- Ayer, A. (1971). *Lenguaje, verdad y lógica*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Borges, J. (2005). *El otro, el mismo*. Buenos Aires: EMECE.
- Descartes, R. (1980). *Obras Escogidas*. Buenos Aires: Editorial Charchas.
- Echeverría Ezponda, J. (1983). *Introducción a Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. Madrid: Editorial Nacional.
- Esquisabel, O. (2010). *El conocimiento simbólico de Leibniz a Husserl*. Estudios e Investigaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 234-264.
- Esquisabel, O (2012). *Leibniz: las bases semióticas de la Característica Universalis*. Representaciones, Vol. VIII, Nº 1, 5-32.
- Esquisabel, O (2013). *Razonamiento diagramático en Leibniz*. Volumen: Visualização nas Ciências Formais, Abel Lassalle Casanave & Frank Thomas Sautter (eds), 89-103.
- Esquisabel, O (2016). *Leibniz y la hermenéutica. Perspectivismo y fusión de horizontes*. Dissertatio, Vol. III, 35-72.
- Esquisabel, O (2017). *Representar y abstraer*. Estudios e Investigaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP 34-64.
- Esquisabel, O (2018). *Expresión y representación semiótica: fundamentos metafísicos de la teoría leibniziana del signo*. Estudios e Investigaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 11-41.
- Feyerabend, P. (1995). *Matando el tiempo*. Madrid: Editorial Debate.
- Leibniz, G. (1980). *G. W. Leibniz Escritos Filosóficos*. Selección de Ezequiel de Olaso. Buenos Aires: Editorial Charchas.
- Leibniz, G. (1983). *Nuevos Ensayos sobre el entendimiento humano*. Madrid: Editorial Nacional.